

Origen, configuración y representación de las capas medias del siglo XIX en *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana (1862)

Nicolas Salerno Fernández

Universidad del Desarrollo

1. Origen, configuración y caracterización de las capas medias en Chile durante el siglo XIX

1.1 Origen y caracterización del “medio pelo” urbano

Como se podrá apreciar en el título de este artículo, al referirnos a los sectores sociales intermedios no lo hacemos utilizando el concepto de “clase” sino el de “capa” social. De acuerdo a los enfoques clásicos en torno a las teorías de estratificación social, el elaborado por Marx en *El Capital* y por Weber en *Economía y Sociedad*, creemos que no resulta pertinente denominar “clase” social a los grupos medios que aquí nos ocupan; el “medio pelo” urbano y los “venidos a menos”, representado por Blest Gana en *Martín Rivas*.¹

Para determinar la representación que se hace de las capas medias

¹ El término *medio pelo* fue acuñado en el siglo XIX. Para Jaime Concha: “Probablemente tiene un origen ganadero y surge entre los grupos agropecuarios que consideraban a otros sectores como socialmente inferiores. El antónimo parece ser *a todo pelo*, que se encuentra en ciertas novelas de fines de siglo (en las de Justo Abel Rosales, por ejemplo); pero no está claro cuál es la expresión originaria, si *todo pelo* o *medio pelo*” (Concha 62).

en la novela de Blest Gana, es necesario definir y caracterizar al grupo social al cual nos referimos. En *Martín Rivas*, este segmento social es denominado en forma despectiva como “medio pelo”, y aparece representado, principalmente, por los integrantes de la familia Molina. Lo que Blest Gana llama “medio pelo” es un grupo social que no pertenece a la élite ni al pueblo, sino que se encuentra en una situación económica, social y cultural distinta a los grupos que se ubican en los extremos del mapa social chileno, situación que podríamos calificar como intermedia.

Con el propósito de acercarnos a una caracterización de este grupo nos basaremos principalmente en dos textos que consideramos fundamentales sobre este tema. Para determinar el origen de las capas medias en Chile, seguiremos algunas de las ideas de Mario Góngora, quien en su célebre estudio *Origen de los inquilinos de Chile central* realiza una acuciosa investigación en torno al origen de estos grupos intermedios. Se trata de sectores sociales que a comienzos del siglo XIX ya se encuentran establecidos en los principales asentamientos urbanos.² El otro texto en el cual sustentaremos nuestros planeamientos es el excelente estudio que llevan a cabo Enzo Faletto y Julieta Kirkwood en torno a la incipiente sociedad burguesa del siglo XIX, de la cual emerge este “medio pelo” urbano que pulula en la novela de Blest Gana que aquí nos ocupa. Se trata del texto *Sociedad burguesa y liberalismo romántico en el siglo XIX*. En este trabajo, ambos sociólogos definen y caracterizan, a partir del estudio de las figuras de Francisco Bilbao y de las primeras novelas de Alberto Blest Gana, la visión que tenían los liberales románticos sobre los distintos grupos sociales, dentro de los cuales incluyen al autor de *Martín Rivas*.

A continuación, procederemos a comparar algunos de los aspectos que, según Faletto y Kirkwood, definen el “medio pelo”, a la luz de los cuales se desprenderán los rasgos del liberalismo romántico que serán pertinentes para este trabajo. Nos ayudaremos con los rasgos que Góngora

² “La primera ‘clase media’ aparece a mediados del siglo XIX. Era un grupo de funcionarios públicos que migraron del campo a la ciudad, posicionándose entre la oligarquía y los sectores populares. Tras la crisis salitrera, este sector siguió en expansión a medida que crecía el Estado”. Estudio: “Qué significa hoy ser clase media en Chile” El proyecto es encabezado por la doctora en sociología Emmanuelle Bazoret y está integrado por Vicente Espinoza (USACH), María Luisa Méndez (UDP) e Ignacio Balbontín (Ministerio Secretaría General de la Presidencia). Proyecto financiado por la CONICYT, 4-5.

atribuye a los inquilinos del Chile central, para intentar demostrar la persistencia de ciertos aspectos del *habitus* de los inquilinos en este medio pelo urbano.³ El propósito es demostrar que el “medio pelo” urbano es una mutación de los inquilinos del Chile central descrito por Góngora. Para ello, expondremos sumariamente los planteamientos de Góngora respecto del origen y las características del inquilino.

1.2 El origen: los inquilinos del Chile central

La metodología del estudio de Mario Góngora es especialmente relevante para nuestros fines. El estudio minucioso de los archivos chilenos y españoles, y de los libros de cuentas de las haciendas y contratos de arrendamiento, otorga al estudio un rigor y confiabilidad únicos. De ahí que, si bien existen numerosos estudios sobre el tema, la gran mayoría de las aproximaciones se basa en la investigación de Góngora, publicada en 1960.

En el estudio, el historiador chileno plantea que el origen del fenómeno del inquilinaje está relacionado con factores de carácter netamente económico, que se desprenden, de modo principal, de la carencia de mano de obra en las haciendas coloniales: “Debemos recordar que en el siglo XVIII se observa a menudo el abandono de una tierra por falta de gente de servicio. Es un mal crónico de las décadas que caen hacia mediados de siglo” (Góngora 39). Las haciendas de ese entonces ocupaban extensos territorios que, raramente podían ser explotados a cabalidad, puesto que no se contaba ni con los peones ni con las encomiendas necesarias para hacerlo. De tal dificultad surge la idea de arrendar partes

³ El término, *habitus*, si bien tiene su origen en las obras de Aristóteles y Boecio, es utilizado en este estudio desde la perspectiva del sociólogo francés Pierre Bourdieu, y se refiere al conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él. Estos esquemas generativos están socialmente estructurados: han sido conformados a lo largo de la historia de cada sujeto y suponen la interiorización de la estructura social, del campo concreto de relaciones sociales en el que el agente social se ha conformado como tal. Pero, al mismo tiempo, son estructurantes: constituyen las estructuras a partir de las cuales se producen los pensamientos, percepciones y acciones del agente: “El *habitus* se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles—estructuras organizadas y predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes—que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes, cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir” (Bourdieu 1972: 178).

de la hacienda, principalmente a españoles pobres, mestizos o mulatos.

Góngora establece que no solamente se buscaba productivizar las tierras a través de su arriendo, puesto que en el siglo XVII se registran muchos casos de “arriendos por limosna”, es decir exentos de canon: “La tenencia ‘de limosna’ significa su completa gratuidad: es un término institucionalizado que vemos usarse en el siglo XVIII para denotar gratuidad de tenencia o de trabajo. La tenencia es, pues, aquí, un recurso que usa un poseedor para asegurar su derecho sobre un paraje, instalando allí a alguien que reconozca su señorío” (Góngora 40). De este modo, observamos que el inquilinaje no tiene como objetivo un interés meramente económico; más bien, se transforma en un método bastante eficaz para que la élite vaya, progresivamente, definiéndose como tal. Esta configuración de la élite se lleva a cabo no sólo a través de la posesión de tierras, sino también de individuos que reconocen a sus miembros como “Señores”.

Los terrenos que los hacendados escogían para arrendar eran generalmente aquellos ubicados en los límites de su propiedad. De este modo, el inquilinaje le permitirá al hacendado no sólo percibir ingresos por tierras que, de otro modo, estarían en desuso, sino que además, gracias a estos “préstamos por limosna”, demarcar clara y efectivamente los límites de su heredad. Junto con el “canon” que el inquilino debía pagar al hacendado, existía el compromiso de colaborar en las faenas de la hacienda, tales como la trilla y los rodeos, con lo cual el terrateniente podía paliar este déficit de mano de obra.

De este modo, se constituyó en las zonas rurales de Chile un importante contingente de lo que el historiador chileno llama “propietarios sumamente precarios”. Una precariedad, como lo explica muy bien Góngora, que representa una serie de ventajas para el hacendado, ya que la relación personal que tiene con sus arrendatarios, asunto establecido en todos los documentos y partidas de la época, le asegura la lealtad de estas gentes: “Es decisiva, en el siglo XVIII, la relación personal del tenedor en préstamo al dueño. La calidad de hijo natural o hermano natural, el parentesco, el compadrazgo, el padrinzago, el matrimonio con criadas o protegidas del propietario, las banderías familiares, la amistad o vecindad”

(44).

Para Góngora, esta relación personal entre el hacendado y el inquilino permite que “no exista peligro en permitir la radicación de gentes de confianza, que pagan un canon de reconocimiento de dominio, casi simbólico, que declararán a favor del estanciero en cualquier conflicto de deslindes, y que despoblarán cuando el propietario quiera exigiárselo. En general, no existe ya fijación de un plazo, que en las partidas era un elemento del préstamo” (45). Estas mercedes cedidas o arrendadas a los inquilinos serán heredadas por varias generaciones, legándoles no sólo un terruño más o menos productivo, sino un *habitus* arraigado en la tradición señorial española, cuyo origen se remonta a la Baja Edad Media (Góngora 25). Ese *habitus* se funda en la precariedad de su situación económica y social, y en el sometimiento a las clases altas.

El inquilino constituye el primer actor social de cierta relevancia numérica en ocupar un espacio intermedio entre las élites y las capas bajas en la sociedad chilena. Por eso nos parecen relevantes, por un lado, los fundamentos históricos de la identidad de este grupo social, y, por el otro, la relación que se distingue entre la forma en que el inquilino se diferenciaría de las capas más bajas al ejercer su precario señorío⁴ y la identidad del “medio pelo urbano”. Además, nos interesa estudiar la relación que mantienen con las capas superiores—los hacendados—, fundamentalmente basada en el reconocimiento de su señorío, y la emulación de los gustos y las maneras de la clase alta, el carácter netamente imitativo que, de acuerdo a la descripción que hace Blest Gana en *Martín Rivas*, caracteriza “al medio pelo”. También, nos interesa cómo esta actitud mimética se relaciona con la precariedad de la que surgen y en la que se

⁴ El señorío es una institución de origen medieval, más específicamente feudal, que era ejercida por individuos pertenecientes a los dos primeros órdenes sociales del período feudal: el clero y los caballeros. Sin embargo no todos los clérigos y los caballeros ejercían un señorío que implicaba dominio, de hecho, se pueden encontrar claras similitudes en ciertas formas de señorío medieval y el inquilinaje. George Duby señala al respecto: “Un gran número de caballeros, especialmente en Alemania y en las regiones próximas del Mar del Norte, permanecieron hasta fines del siglo XII en estado de dependencia doméstica, en la casa del patrón que los empleaba y los alimentaba; al no poseer tierras, participaban de los beneficios de un señorío, pero sin ser los dueños. A la inversa, había campesinos que llegaban a reunir más tierras de las que podían explotar personalmente, que concedían las sobrantas a vecinos menos afortunados y recibían por este hecho una renta de tipo señorial” (Duby 214).

mantienen los inquilinos.

Creemos que, con el inquilinaje, el hacendado no sólo soluciona un problema de carácter económico, sino que, además, establece las bases de un orden que le garantizará la preeminencia en el entramado social. Esto se extiende incluso después de que la Independencia termine con la sociedad estamental de la colonia, al menos, formalmente, puesto que el inquilinaje genera un sometimiento explícito, pero voluntario⁵, por parte del inquilino, que retroalimenta el reconocimiento y la legitimación de su autoridad señorial. Todo lo que tiene el inquilino realmente no lo tiene, dado que puede perderlo cuando el hacendado así lo decida. En otro aspecto, se genera una sensación de gratitud hacia el patrón, en la medida en que éste “le permite” sentirse propietario, ganar su sustento y diferenciarse explícitamente del peón mestizo y del indio, últimos escalafones del estamento social de los hombres libres en la Colonia. El hacendado subyuga sutilmente al inquilino a través de la propiedad, que resulta en este caso un bien material, pero también simbólico, y establece los cimientos de lo que será la relación entre el “medio pelo” y la élite en el Chile emancipado.

Para Mario Góngora, hay dos instancias que cumplen el rol de “domesticación del mestizaje” en la Colonia: el ejército permanente en la frontera y las instituciones rurales como el inquilinaje. Hacia el siglo XVIII, el historiador señala que estamos frente a una sociedad agrícola de estratos sociales más diferenciados y con formas de dependencia marcadas. Los mestizos rurales son ahora “labradores pobres” y con más deberes dentro de la hacienda. En esta época, cae en desuso el término “arrendatario”, el cual comienza a aplicarse a hombres de nivel medio alto, y se introduce el de “inquilino”, para referirse a este tipo de labradores pobres que viven en las haciendas, ya sea heredando las gracias de sus ancestros o pagando, más con trabajo que con dinero, su respectivo canon por la ocupación y utilización de tierras. El hecho de que Chile se convierta en un importante productor de cereales desde el siglo XVIII motiva una disminución de la actividad ganadera producto de la disminución de los suelos disponibles. Se

⁵ Al respecto Góngora afirma: “Mas, a la inversa del peón, el arrendatario se liga libremente al suelo. Algunos de ellos deben ser descendientes de los agraciados en el siglo anterior (el XVII) con préstamos o limosnas de tierra” (Góngora 70).

intensifican, así, los deberes del inquilino en la hacienda y también su sometimiento a la autoridad del hacendado (Góngora 117).

2. Caracterización del “medio pelo”: la mirada de Alberto Blest Gana

La principal fuente con la que contamos sobre esta capa social denominada “medio pelo” son las novelas de Alberto Blest Gana, sobre todo la que aquí nos ocupa: *Martín Rivas*. Faletto y Kirkwood llevan a cabo una interesante revisión de la mirada que tiene el novelista sobre este grupo social que aparece representado en *Martín Rivas* a través de la familia Molina.

Para Faletto y Kirkwood, Blest Gana es un liberal romántico y su visión del conjunto de la sociedad es esencialmente crítica. Si bien es difícil para los liberales románticos encontrar virtudes en la burguesía, formada en gran parte por los “nuevos ricos”, tampoco encontraban valores rescatables los grupos sociales intermedios. Los autores señalan que pese a que la visión de los liberales adolece de exceso de subjetividad, también goza de un fuerte componente de “cruda realidad” (186). Si bien la clase dirigente les parece “chata”, los dirigidos no les parecen “menos chatos”, debido fundamentalmente a que perciben en la sociedad una actitud generalizada de conformismo y falta de reacción. Hay en esta visión del “medio pelo” un dejo de desprecio estamental.

Casi toda la descripción que se hace en la novela de Blest Gana sobre este sector social intermedio enfatiza rasgos negativos. Sus actitudes y comportamientos aparecen marcados por rasgos de vulgaridad, arribismo y apocamiento. De hecho, señalan los autores, en *Martín Rivas* se puede percibir cierta indiferencia en la descripción de sus costumbres, y, cuando se lleva a cabo esta descripción, se enfatiza en ella la permanencia en el “medio pelo” del colorido de los rasgos populares y semi-rurales, lo que implícitamente estaría dando cuenta del origen rural al cual ya nos hemos referido.

Tanto el rechazo de Blest Gana a la “aristocracia”, por su “ridiculez” y vanidad, como la mirada despectiva al “medio pelo”, podemos apreciarlos en esta intervención del narrador de *Martín Rivas*:

Colocada la gente que llamamos de *medio pelo* entre la democracia, que desprecia, y las *buenas familias*, a las que ordinariamente

envidia y quiere copiar sus costumbres, presentan una amalgama curiosa en las que se ven adulteradas con la presunción las costumbres populares y, hasta cierto punto, en caricatura, las de la primera jerarquía social, que oculta sus ridiculeces bajo el oropel de las riquezas y de las buenas maneras. (71)

El elemento popular, que destaca el narrador, de origen rural es el que otorga cierto valor y cierta autenticidad a las capas medias. Lo que no ven los liberales románticos como Blest Gana, es que de este elemento popular-rural que forma parte del *habitus* de este “medio pelo” surge la actitud conformista y carente de reacciones que ellos mismos le reprochan. El conformismo provendría de una formación social ligada a la precariedad y al sometimiento señorial a los hacendados.

Esta especie de ceguera de Blest Gana surgiría de un profundo desconocimiento de la realidad popular, de la cual también emanaría un ensalzamiento sin fundamento del pueblo, por parte de algunos liberales románticos como Francisco de Bilbao. Según Faletto y Kirkwood, “La visión que ellos [los liberales románticos] tienen del pueblo es idealizada y mítica, que entra en contradicción con el pueblo real. Incluso esta noción ideal del pueblo dificulta la percepción de lo que el pueblo es” (204). De todas formas, en general, la visión que los liberales románticos tienen de las capas intermedias es negativa. En términos concretos, los sectores medios no aportarían nada nuevo, ninguna nueva sociedad y, más aun, debido a su carácter ritualista, no sólo aceptan las cosas tal como están sino que además contribuyen a que este orden se mantenga (Faletto y Kirkwood 187).

A partir de estos rasgos negativos, se conformará la figura típica del “medio pelo”: el burócrata, individuo que vegeta en las oficinas dependiendo fundamentalmente de un sueldo y de su sometimiento y adhesión irrestricta a la autoridad. Su horizonte de vida es ese sueldo, con todo lo que ello implica. En *Martín Rivas*, el representante de este tipo de funcionarios es Ricardo Castaños, el policía que está enamorado de Edelmira, la soñadora joven de temple romántico; Castaños es despreciado justamente por representar a esta clase de burócratas conformistas. La chatura de este tipo de burócratas se expresa en la falta de convicciones políticas propias, que son reemplazadas por una ciega adhesión a la

autoridad.

Ahora, en el caso de *Martín Rivas*, está la figura del burócrata conformista, pero también la del *siútico*, tipo social sobre el cual existe una vasta literatura y que no sería otra cosa que un arribista, un simulador. Jaime Concha, en las notas a su edición crítica de *Martín Rivas* lo describe como una “persona cursi, que toma maneras y formas de hablar que no le corresponden. Es—como roto o medio pelo—una expresión de clase, moldes ideológicos acuñados por la clase dominante para reducir al adversario a su propia diferencia” (62) Este siútico está representado en la obra de Blest Gana por la figura de Amador Molina. El siútico difiere del funcionario porque carece de esa obediencia ciega a la autoridad y su norte no es un sueldo, sino la posibilidad de ascender en la escala social. Sin embargo, comparte con el funcionario la carencia de convicciones políticas.

Para Faletto y Kirkwood, es precisamente en estos rasgos negativos del medio pelo donde puede encontrarse el soporte social del conservadurismo burgués. Aquí los autores realizan un interesante paralelo entre la situación a la que nos referimos y la que observa Antonio Gramsci respecto de la sociedad italiana en el mismo periodo histórico, mediados del siglo XIX⁶. El “medio pelo” chileno sigue siendo rural en sus valores y costumbres, su respeto a la autoridad es del tipo más tradicional posible, es refractario a las innovaciones, y da como bueno lo que existe por el mero hecho de existir. Para la burguesía latinoamericana, que no es revolucionaria sino restauradora y conservadora, este “medio pelo” es el más decidido sostén del orden social, así como para el hacendado el inquilino era el sostén de su propiedad, pues su presencia constituía el testimonio de las fronteras de sus dominios, al mismo tiempo que su

⁶ Las reflexiones de Gramsci en torno al intelectual orgánico italiano las lleva a cabo en *Formación de los intelectuales* (1967), donde afirma respecto a éstos: “Los intelectuales de tipo rural son en gran parte tradicionales, es decir, están ligados a la masa social campesina y pequeño-burguesa de la ciudad (especialmente de los centros menores) todavía no formada y puesta en movimiento por el sistema capitalista: este tipo de intelectual pone en contacto a la masa campesina con la administración estatal o local (abogados, notarios, etc.) y por ello tiene una gran función político-social, porque la mediación profesional difícilmente puede ser separada de la mediación política. Además: en el campo, el intelectual (sacerdote, abogado, maestro, notario, médico, etc.) tiene un nivel de vida superior o por lo menos distinto del que tiene el campesino medio, y por eso representa para éste un modelo social en su aspiración a salir de su condición o mejorarla.” (32).

sometimiento constituía la legitimación de su condición y su fuerza de trabajo la base de su preponderancia económica. Lo interesante de esto, destacan Faletto y Kirkwood, es que, a pesar de las marcadas diferencias entre capas medias y altas, existe un punto de convergencia: son esencialmente conservadoras, lo cual acentúa la soledad de los liberales románticos, como Blest Gana, en el panorama social chileno.

Los liberales románticos no encuentran en ningún grupo social eco a sus críticas del orden existente. Con firmeza, se destacan en la novela los rasgos de carácter de los personajes del “medio pelo” en contraposición a los del héroe, el cual siempre aparece como un ser solitario e incomprendido.⁷

Para Faletto y Kirkwood, los personajes del “medio pelo” no son heroicos, puesto que carecen de un destino real al cual enfrentarse, en la medida en que su destino es el que las capas superiores han trazado para ellos; destino que ellos mismos no cuestionan e incluso defienden y ayudan a perpetuar. Los liberales románticos no son capaces ni siquiera de ver en ellos la condición de personas; de ahí la representación de su comportamiento “tipo comedia”, siempre asociado a actitudes imitativas, superficiales y banales.

En relación a la tendencia a la pasividad de los sectores medios, ésta aparece reforzada por lo que Faletto y Kirkwood denominan “mecanismos de autocontrol social”, los cuales se constituyen como represivos de las posibilidades de expresión. Uno de los mecanismos de autocontrol que destacan los autores se revela a través de una paradoja: este grupo social, del cual no podría decirse que sea objeto del interés del resto, considerado como un grupo social oscuro y carente de prestigio, vive, sin embargo, presa del “que dirán”, lo cual determinaría un comportamiento constantemente referido al juicio del otro, que no es capaz de autoevaluar

⁷ Un ejemplo de lo anterior se puede percibir en la figura del personaje Martín Rivas. Uno de sus rasgos constitutivos como personaje es la soledad: llega solo a Santiago a labrarse un futuro; vive solo, aislado del resto de las personas que habitan en la casa de Don Dámaso, es huérfano de padre y, para salir adelante, no cuenta con nada más que su talento. Incluso, esta soledad—que en los héroes románticos es un síntoma de excepcionalidad—se enfatiza cuando se le observa totalmente desadaptado en una instancia de sociabilidad. En pleno *picholeo*, el héroe de la novela dice a su amigo Rafael San Luis: “Te confieso, Rafael, [...] que no puedo divertirme aquí” (Blest Gana 71).

sus propios actos. Hay siempre un “otro” que actúa como juez.

Otro de los mecanismos de autocontrol que contribuye al inmovilismo de las capas medias es el carácter imitativo de este grupo, que intenta reproducir, a un nivel más bajo, las formas externas de los grupos altos. Para ejemplificar este aspecto, los autores analizan la descripción que se hace en la novela de Blest Gana del interior de la casa de las Molina:

El autor describe, por ejemplo, cómo el alhajado de sus casas contrasta con el de las casas ricas, no en cuanto a profusión de estas últimas, sino por el intento de imitarlas con baratura. La estera de totora reemplaza a la alfombra, pero triste es que sea ‘como’ alfombra. Estos rasgos permiten al autor hacer extensiva su crítica a la sociedad burguesa a este sector. La denuncia de la falsedad del mundo burgués comprende también a los sectores medios. Su intento imitativo tiene el rasgo de la falsificación burda, lo cual pone de relieve que las aspiraciones que a veces expresen sean también falsas. Es decir, no surgen natural y espontáneamente desde ellos, sino que constituyen una pretensión que se resume en la intención de aparentar. (Faletto y Kirkwood 192)

Este punto planteado por los autores parece contradecir la idea de que los sectores medios representaban el inmovilismo social y se manifestaban conformes con el estado de las cosas. Sin embargo no es así, puesto que el arribismo que en estas capas se manifiesta se da en el plano individual, no colectivo, y por lo tanto no hay una opción por la movilidad social, sino por la individual. Así, Faletto y Kirkwood tildan este inconformismo como un “inconformismo conservador”, ya que pretende una huída de la situación social en la cual la persona se encuentra. Es un intento de cambiar de grupo, no una modificación de la condición social del grupo al que fatalmente se pertenece, este inconformismo conservador, según los autores, se conoce en la literatura sociológica como “movilidad social individual”, y en el lenguaje común y en la expresión literaria recibe el nombre de arribismo.

En las novelas de Blest Gana, las heroínas de “medio pelo” desean constantemente elevar su condición a través de un matrimonio que, como suponen, las puede incorporar a la sociedad. En el caso de la novela que nos ocupa, *Martín Rivas*, tal situación se da con Adelaida, una de las hermanas Molina. Ella corresponde al perfil anteriormente descrito, como el mismo Blest Gana lo muestra en la descripción que Rafael San Luis hace de ella en la novela: “Adelaida cultiva en su pecho una ambición digna de una

aventurera de drama: quiere casarse con un caballero. Para las gentes de medio pelo, que no conocen nuestros salones, un caballero o, como ellas dicen, un hijo de familia, es el tipo de la perfección, porque juzgan al monje por el hábito” (62). La descripción calza al dedillo con lo que plantean Faletto y Kirkwood.

Pero las cosas cambian radicalmente si nos centramos en la hermana, Edelmira, quien es descrita por el mismo personaje de la siguiente manera:

La segunda hermana, Edelmira, es una niña suave y romántica, como una heroína de algunas novelas de las que ha leído en folletines de periódicos que le presta el tendero aficionado a las letras. Las dos hermanas se parecen un poco: ambas tienen pelo castaño, tez blanca, ojos pardos y bonitos dientes; pero la expresión de cada una de ellas revela los tesoros de ambición que guarda en el pecho Adelaida y los que atesora el de Edelmira, de amor y de desinterés. El corazón de ésta es, como ha dicho Balzac de una de sus heroínas, una esponja a la que haría dilatarse la menor gota de sentimiento. (Blest Gana 62)

Sin embargo, debemos comprender que el carácter de Edelmira es excepcional, y hay bastantes marcas en la novela que nos permitirían corroborarlo. En primer lugar, su soledad, que la hace semejante al mismo Martín Rivas. En su primera conversación, de hecho, ambos muestran su desadaptación frente al *picholeo*, y más aún, Martín, el personaje excepcional por excelencia en la novela, es capaz de reconocer en ella una excepcionalidad similar a la suya, la afinidad que se construye entre ambos personajes, lleva a que Edelmira termine enamorándose de Martín, y viviendo una experiencia similar a la de éste: amar sin esperanzas. Edelmira amará a Martín como éste a Leonor, a tal punto que será capaz de sacrificar su felicidad, accediendo a casarse con el oficial Ricardo Castaños con tal de liberar a Martín de la cárcel, luego de que Rivas cayera preso en la fallida revuelta liberal conocida como el “Motín de Urriola”.

Edelmira resulta un personaje muchísimo más interesante de lo que parece. Su actitud, sus características la asemejan mucho más a las de un liberal romántico que al resto de los personajes de “medio pelo”. No tan sólo por el hecho de ser una mujer lectora, sino más bien por el nivel de sacrificio que alcanza por amor y, además, por el desinterés que manifiesta en imitar a las capas altas, por las cuales no siente ningún tipo de aprecio.

Carece de una posición política definida, lo cual era algo esperable en una mujer de entonces; de hecho, la heroína de la novela, Leonor, tampoco la tiene. Creemos que su condición de mujer es el obstáculo, en el contexto de una sociedad como la chilena del siglo XIX, para convertirse en un personaje de más altura y relieve en la obra así como su condición social. La razón de esto es que, si bien la mirada de los liberales románticos sobre el “medio pelo” es bastante despectiva, el desprecio también está dirigido hacia la burguesía conservadora. Ahora bien, todas estas disposiciones y usos sociales no impiden, finalmente, que Leonor se transforme en una heroína capaz de ir más allá de las estrechas limitaciones de su grupo social y concretar su amor con Martín Rivas.

Asimismo, en la actitud trasgresora de Leonor hay aspectos heroicos. El mejor ejemplo de esto es el hecho de poner en riesgo su lugar en la sociedad, al torcer el destino que la clase ha reservado para ella; Leonor arriesga perder los privilegios inherentes a su condición. En cambio, Edelmira no obedece al tipo de mujer que desea salir de su situación mediante un matrimonio conveniente, sino que sigue estando dentro del estamento del “medio pelo” sin identificarse con él así como sin salir de él. La diferencia radica en el *impasse* narrativo al que Edelmira está condenada. Como bien lo describe Rafael San Luis, ella alberga “otro tipo de ambiciones en su pecho”, que no coinciden con los que le depara la trama de la novela: casarse con el funcionario Castaños. Vencer este destino significaría salir del “medio pelo”, en nombre de ideales más nobles que su hermana. Salida que no ocurre porque los tiempos ni la época proporcionan los medios para que ocurra esta movilidad social: libertad y educación de la mujer. Edelmira es un personaje cuya excepcionalidad es doble: por una parte: radica en los valores a los que aspira, más cercanos del liberalismo romántico que de la burguesía conservadora. Por otra, inicialmente señala un “punto ciego” de la narración; sólo comenzará a ser representable para la novela que se escribirá un siglo más tarde en Chile (generación del 50 en adelante).

Volvamos a la caracterización general del “medio pelo”. Faletto y Kirkwood plantean que existe un afán desmedido por parte de este sector social de apoderarse de los símbolos de las capas altas, para, a partir de

éstos, abandonar su grupo social. Es éste un gesto bastante coherente en el contexto de una sociedad que es percibida por los liberales románticos como un gran teatro plagado de falsarios, donde basta llegar disfrazado de caballero para ser tomado como tal. De hecho la pleitesía se rinde al símbolo, a lo externo (Faletto y Kirkwood 193).

Los sectores medios no pretenden obtener reconocimiento como tales, sino evadir su propia condición. Lo que importa es marcar su diferencia con respecto al propio grupo. Uno de los aspectos por los que los miembros del “medio pelo” desean distanciarse de su condición es el lenguaje: evadir la condición de “medio pelo” es apoderarse del lenguaje de la clase alta, incluso subrayar y exagerar ciertos giros o modismos hasta incurrir en el amaneramiento, en el defecto de la ultracorrección, tal como Amador Molina en la descripción citada: decir *vida mida* en vez de *vida mía*.

Este intento de adopción del lenguaje de los otros, de la clase alta, es una manera de expresar que ya no se pertenece a la de origen. Para Faletto y Kirkwood “el intento de huída implica un rechazo que tiende a dicotomías sin matices. Todo lo que es igual al medio pelo es negativo; todo lo que es distinto a él, es positivo y más aún si se asemeja a la clase alta” (194). En la obra de Blest Gana, el “medio pelo” no logra definirse a sí mismo, sino tan sólo situarse entre el “pueblo” y las “buenas familias”.

Los miembros del “medio pelo” logran definirse sólo en su relación con estas otras capas sociales. El lazo con el “pueblo” es el desprecio; con las “buenas familias”, la envidia y el intento de imitación. De hecho, el mundo del “medio pelo” vive constantemente referido al mundo de la clase alta; una referencia mediante, en suma, el aburrimiento con la propia vida, el intento de vivir otra que les parece mejor, la dificultad de hacerlo a partir de lo que se es y, finalmente, el rechazo y olvido a través de una forma vicaria de existencia. Esta vicariedad, explican los críticos, no deja de acarrear efectos significativos. La tragedia del “medio pelo” es que su arribismo resulta duramente rechazado por las capas altas, quienes ven con horror una relación con las capas medias que se salga de lo permitido. Para ellos, el “medio pelo” es sólo un campo propicio para burlas y seducción. En ciertas ocasiones, el “medio pelo” parece tener conciencia de lo que

representa para las capas altas. Se podría decir que resienten el hecho de que las capas altas los consideren “menos personas”; sin embargo, esta conciencia es siempre negativa: se tiene conciencia de ser menos educados, de ser menos ricos, se es siempre diferente por tener menos que la clase superior. Finalmente, esta “conciencia negativa” refuerza la idea de minusvalía que el grupo tiene de sí mismo y acentúa el conformismo, dejando como única salida la opción individual. Así, el “medio pelo” buscará relacionarse personalmente con integrantes de los sectores altos para evadir su situación, tal como los integrantes de las capas altas buscarán relacionarse con el integrantes del “medio pelo” para evadir la rigidez de las convenciones que orientan la conducta entre sus pares. Una situación típica en este sentido, de utilización recíproca, donde el engaño es la moneda de cambio, se da en la relación que entabla el joven aristócrata Agustín Encina con Adelaida Molina.

La situación social respectiva, tanto de Agustín como de Adelaida, se pone entre paréntesis debido al deseo sexual del joven oligarca. Este deseo posibilita el establecimiento de una relación más simétrica entre ambos. Adelaida no es olvidada porque no ha cedido aun a los requerimientos sexuales de Agustín Encina. Edelmira, por su parte, confiesa que desea ser amada por ser quien es, pero, para que la ame quien ella desea, es decir Martín, la única posibilidad es que él se olvide de su posición social, lo cual, dado la rigidez de estructura social chilena del siglo XIX y las ambiciones del joven protagonista de la novela, resulta imposible.

En gran parte, plantean Faletto y Kirkwood, se trataría de una negación de la realidad, elemento que aparece como una constante en la “ideología” de los sectores medios:

Esta ideología se constituye como una aspiración de negar la realidad de las relaciones de clase, mas no de una negación que implique la realización de la propia humanidad (y que como tal se constituye en universal), sino más bien como una intención de puro desconocimiento “ideológico” de las relaciones de clase, que no alcanza a negar la realidad que las hace posible. Si bien constatan y perciben lo desmedrado de su posición, que como grupo social ocupan, y aspiran a que dicha posición deje de ser desmedrada y negativa, sólo resuelven la dificultad en un plano próximo al mito ideológico. Las diferencias sociales no están determinadas por relaciones de clase, sino que sólo existen como diferencias individuales donde, por consiguiente, es siempre posible, como

individuo, superar las situaciones de desmedro. (Faletto y Kirkwood 199)

Si bien creemos que el uso que hacen los autores del concepto de ideología es limitado, estamos de acuerdo en que el aspecto fundamental de mistificación de la realidad en el “medio pelo” tiene como principal efecto la imposibilidad de que estos grupos intermedios se conviertan en una clase social. La sujeción a lo individual niega la conciencia de clase, y sin ella no puede haber clase y todo lo que esto implica: actuar programáticamente, de modo colectivo, para superar sus condiciones de clase. El “medio pelo” sólo llega a percibir similitudes no operables, no desencubridoras de la condición propia y así como la de los otros, porque no se ven como un efecto ideológico sino como una simple suma de individuos naturalizados.

En la obra de Blest Gana, se muestra también que la fuga de la condición social fracasa y el aceptar la propia condición se manifiesta en una actitud sumisa. Un ejemplo de este carácter sumiso es Edelmira, cuyo amor a Martín Rivas, quien se encuentra un peldaño más arriba que ella en el entramado social, fracasa luego de que el protagonista de la novela consolida su relación con Leonor. Edelmira termina sometiéndose y aceptando el lugar que la sociedad le ha asignado: casarse con un funcionario socialmente igual a ella. Sus nobles ideales se ven así brutalmente subyugados. Tal sometimiento se expresa de manera magnífica en el final de la novela, cuando Martín Rivas, en la carta que le envía a su hermana Mercedes, le cuenta de su encuentro con Edelmira en la Alameda de las Delicias:

Fui, al día siguiente de mi llegada a ésta, día domingo, a la Alameda; yo daba el brazo a Leonor, lo cual bastará para que fácilmente te figures el orgullo del que me sentía dominado. A poco andar divisamos una pareja que caminaba en *dirección opuesta a la que llevábamos*; pronto reconocí a Ricardo Castaños, que, con aire triunfal, daba el brazo a Edelmira. Nos acercamos a ellos y hablamos largo rato. Después de la conversación, me pregunté si era feliz esa pobre niña, nacida en una esfera social inferior a los sentimientos que abrigaba *antes* en su pecho, y no he acertado a darme una respuesta satisfactoria, *pues la tranquilidad y aun alegría que noté en sus palabras, la desmentía la melancólica expresión de sus ojos*. Acaso, me digo ahora, Edelmira ha consagrado su vida a la felicidad del hombre a quien su noble corazón la ha unido; y, para quien, como yo, conoce la nobleza de su alma, ésta es la contestación que tiene más probabilidades de

verdadera. (372; cursivas nuestras)

En este fragmento, la sumisión de Edelmira es enfatizada de manera indirecta de varias formas. En primer lugar, no resulta casual que caminen ambas parejas en dirección opuesta. Blest Gana podría haber utilizado cualquier otra forma, incluso podría haber prescindido del detalle de la dirección en la que caminaban ambas parejas para referir el encuentro, pero al utilizar el término “opuesta” y al atribuírselo a la dirección en que caminaban, se nos da a entender que es el destino que han corrido ambos personajes. Ella ha aceptado su destino y se somete. Sus ojos, las ventanas del alma según la mitología romántica, expresan que ella no está feliz con su estado, más allá de lo que diga. Él, por otro lado, representa todo lo contrario, logra casarse con quien ama y pasa a engrosar la élite, a la cual oxigenará con su talento. La palabra *antes*, relativa a los sentimientos que abrigaba Edelmira, nos dice que ya renunció a ellos, prueba más que fehaciente de su sometimiento.

Para las capas medias, la posición que se ocupa en la sociedad es la consecuencia de las aptitudes personales, el resultado negativo de los intentos por salir y permanecer en el “medio pelo” es percibido como un fracaso individual, y la respuesta no es más que la sumisión, entendida como un castigo. Para Faletto y Kirkwood, el hecho de que las desventajas del dominado sean asumidas como “culpas” individuales tiene como efecto que la dominación, y por consiguiente los dominadores, nunca sean percibidos como generadores de desventaja o inequidad. Cuando el liberalismo romántico—expresan los autores—critica al “medio pelo” por el abandono de su “comportamiento natural”, es decir de crítica y cuestionamiento de un sistema que los pone en una situación de desventaja, señala también que este afán imitativo de los sectores medios contribuye a imposibilitar, a partir de él, todo surgimiento de los valores del sistema dominante. No es posible, así, darles algún papel en los procesos de cambio y transformación social, puesto que Blest Gana y los otros liberales románticos perciben el modo de vida del “medio pelo” como la expresión caricaturesca del modo de vida burgués.

Es pertinente consignar una similitud que se observa entre la forma de dominación burguesa sobre el “medio pelo” y aquella de los hacendados

coloniales sobre los inquilinos. El dominio ejercido por los sectores altos de la sociedad sobre los más bajos, tanto en la Colonia como en el periodo posterior, implica su aceptación sin cuestionamientos. Tal es, a nuestro juicio, la principal causa de que los grupos intermedios no hayan sido capaces, incluso hasta nuestros días, de constituir un proyecto nacional alternativo a los emanados desde la cúpula. Pero consignemos, también, otra constante que viene desde el período colonial hasta, por lo menos, el siglo XIX: el clientelismo que brindan las capas altas a algunos miembros de las capas inferiores, convirtiéndolos en sostenedores del sistema. “Dado que se piensa que mayor será la protección cuanto mayor sea el poder de quien la otorga, el protegido concurrirá gustoso a aumentar el poder de quien, graciosamente, le otorga su amparo” (Faletto y Kirkwood 201).

El mecanismo más eficiente para mantener el sistema es, sin duda, la difusión del arribismo:

La clase alta logra manipular y hacer uso del medio pelo aprovechándose del arribismo inducido en esta última. El autor [Blest Gana] describe, con detalle, como esta manipulación no es ni siquiera percibida por quien es objeto de ella. La atracción que ejerce la clase alta es de tal intensidad, que produce, en palabras de Blest Gana, ‘un verdadero deslumbramiento’. (Faletto y Kirkwood 201)

En la relación que establecen los autores, el “medio pelo” manipulado no sólo no es capaz de percibir la manipulación, sino que además estima que el acercamiento producido expresa una suerte de amistad, que por venir de tan alto, representa un favor.

En conclusión, sus intenciones de “ser como los otros”, como los de las capas altas, los conduce al menoscabo de su propia forma de ser. Saben de la existencia de las diferencias sociales, pero quisieran que los otros los trataran como sus pares; para lograrlo, intentan la adopción de su grupo de referencia, lo cual hace que el comportamiento del grupo del cual provienen sea obliterado por los comportamientos a los cuales aspiran. La situación en la que se mueven es siempre de gran ambigüedad; aunque lo desean, tienen conciencia de no ser iguales a la clase alta. Esto los motiva a desdeñar cualquier tipo de relación con alguien de su misma condición social. La conciencia de grupo que poseen es puramente negativa, su propio grupo es para ellos una condición que intentan al mismo tiempo negar y

evadir.

Pensamos que esta conciencia negativa que tiene el “medio pelo” de sí misma se pone particularmente de manifiesto, en la novela, al contrastarse a personajes de las capas altas con otros de las capas medias, y al contrastarse a los jóvenes libertinos, como Agustín Encina, con las jóvenes sacrificadas, como Adelaida Molina. Estas situaciones, que de hecho implican la mezcolanza y el desorden—el *picholeo*—, son percibidas por el “medio pelo” como la posibilidad de concretar sus aspiraciones, que contrastan violentamente con las percibidas por las capas altas sobre este tipo de vínculos. Para los sectores altos, se trata de “calaveradas” que nadie toma en serio: las niñas del “medio pelo” no pasan de ser “chinas”, y así son tratadas.

3. *Locus de enunciación blestganiano: liberalismo romántico y los “venidos a menos”*

Luego de analizar la mirada de Blest Gana sobre los sectores que en *Martín Rivas* son denominados como “medio pelo”, resulta válido preguntarse: ¿desde qué sector de la sociedad escribe Alberto Blest Gana? ¿desde dónde surge y por qué posee una mirada tan negativa y desesperanzada de éstos?

Alberto Blest Gana, si bien pertenecía, por parte de madre a una familia “de nombre”, y por parte de padre a la burguesía profesional, contratada por los gobiernos conservadores para dar forma y contenido a las nuevas instituciones nacionales, no podría decirse que Alberto Blest Gana fue parte del estrato más alto de la sociedad chilena del siglo XIX. Su origen no lo ligaba completamente a este grupo social, y durante toda su vida vivió agobiado por problemas económicos⁸, Blest Gana, al igual que la

⁸ En su epistolario da sobrada cuenta de esto. Un ejemplo: la carta de agradecimiento al prócer liberal José Victorino Lastarria, por su crítica favorable a *El ideal de un calavera*, fechada el 25 de enero de 1864, cuando nuestro autor se encontraba en el momento de mayor reconocimiento literario en Chile: “Mientras mis conciudadanos del porvenir me preparan la corona de la fama, algunos del presente, como sastres y boteros, por ejemplo, me tienen preparada su cuenta al fin de cada semestre y me temo que no admitiesen como moneda corriente mis novelas. Pero, en fin, sea de ello lo que fuere, escribiendo satisfago una necesidad de mi naturaleza, y cada cual tiene forzosamente que obedecer a la suya” (Blest Gana, *Epistolario*, 57). Podría pensarse que la carta fue escrita cuando Blest Gana recién estaba forjando su prestigio como escritor o que pasaba por una

mayoría de los héroes de sus novelas, pertenecería a lo que Faletto y Kirkwood denominan el grupo de los “venidos a menos”, cuyas características procederemos a caracterizar. Así podremos entender el porqué de su visión negativa, tanto de las capas medias como de las altas.

Los “venidos a menos”

Con ese apelativo se denominaba a mediados del siglo XIX a quienes pertenecían al sector de los apellidos “decentes”, pero carentes de dinero. No se trata de antiguos ricos que ahora no lo sean, sino de familias cuyo renombre ha disminuido en virtud de la disminución de sus ingresos, ya que el dinero es la única fuente de prestigio. El brillo del nombre sólo existe si está avalado por el dinero.

Se trata de la pequeña burguesía de provincia, de quienes antes tenían un apellido *decente* que bastaba para validarse en sociedad. También es posible pensar que la sociedad anterior era menos opulenta y que las diferencias entre pequeños y grandes no eran tan fuertes. Y asimismo en el ascenso de otros grupos sociales, particularmente del denominado “medio pelo”, puesto que la gran diferencia anterior, entre medio pelo y pequeña burguesía, ha devenido pequeña diferencia.

excepcional precariedad económica. Sin embargo, si revisamos otra carta, dirigida al Presidente José Manuel Balmaceda el 19 de noviembre de 1886, cuando se desempeñaba en la embajada chilena en París, podemos ver que la situación no ha cambiado mucho:

“Por razones de familia y por la educación de mi hijo menor que no querría interrumpir, necesito permanecer aún en Europa durante algunos años, de suerte que, en caso de jubilarme tendría que pedir a Ud. y a su gobierno el favor, que espero no me negarían, de que se me pagase aquí, y sin descuento por cambio los 5.250 pesos que me corresponderían según la ley de 1883. Creo que esto podría hacerse fácilmente nombrándome ad honórem, es decir, sin más retribución que mi sueldo de jubilación, Ministro en Bélgica o en España, sin exigirme residencia en Bruselas o en Madrid, pero abonándome los gastos de viaje y de permanencia en esas capitales si se me hiciese ir a ellas en alguna comisión del servicio. Con el escasísimo sueldo de retiro tendría que vivir aquí en la pobreza. El gobierno vería si pudiese crearme alguna otra fuente de entradas con comisiones del servicio para las cuales mi larga residencia en estos mundos me ha dado la práctica y los conocimientos necesarios.

Debo hacer observar a Ud. que atendiendo a lo que yo tendría jubilado soy el Ministro que cuesta menos al Tesoro Nacional de todos los nombrados o que pudieran nombrarse” (Blest Gana, *Epistolario*, 477).

Como lo atestigua ampliamente su epistolario, las penurias económicas persiguieron a Blest Gana durante toda su vida, puesto que no heredó ni hizo fortuna en vida, y el principal capital con el que contaba, el nombre, ya no era garantía de preponderancia social en el Chile del siglo XIX.

Puede decirse que los miembros de los grupos “venidos a menos” son los que han sufrido más el impacto de la nueva sociedad burguesa (Faletto y Kirkwood 181). Son críticos frente a la nueva sociedad porque han sido afectados por ella; porque ven que sus antiguos y preciados valores han desaparecido, pero también porque la nueva sociedad no ofrece perspectivas mejores respecto de aquello que destruyó. Su existencia como grupo tiende a ser marginal. No son reconocidos ni siquiera como parientes pobres por las clases altas. Intentan desesperadamente no ser confundidos con el “medio pelo”. La relación de los “venidos a menos” con el “medio pelo” es por lo general forzada y despreciativa. Se hace mofa de sus costumbres y, cuando expresan sentimientos o ideas que podrían aproximarse a lo que los propios héroes “venidos a menos” de las novelas de Blest Gana sienten o piensan, esas costumbres son consideradas como una mala caricatura o simplemente falsedades, productos de una imitación burda. En conclusión, la convivencia con el “medio pelo” se torna complicada debido a la dificultad de atribuirles valores trascendentes.

En cuanto a su relación con la clase alta, el grupo de los “venidos a menos” evidencian un dejo de amargura y resentimiento. Estas sensaciones se hallan casi siempre presentes en el héroe de las novelas de Blest Gana, que con frecuencia pertenece a este grupo de los “venidos a menos”. Si no se considera superior, por lo menos cree poseer valores no reconocidos. Puede ser crítico respecto a la burguesía de clase alta, pero también ha aceptado la riqueza como un valor. Quisiera que los ricos lo aceptaran como uno de sus pares; una expectativa constantemente frustrada, dado que las cualidades que él posee—“cultura, imaginación, talento”—no son equivalentes a la cualidad básica del burgués: la posesión de dinero. Las virtudes del héroe “venido a menos” son valoradas por la burguesía de clase alta, mas en el sentido de una utilidad susceptible de ser comprada.

El héroe, Martín Rivas, se siente incómodo porque nadie pretende conversar con él acerca de la cultura. Se le interroga con un “para qué sirve” tal cultura; al descubrirse esa utilidad, se le pregunta por cuánto la arrienda o cuánto cuesta. “El resentimiento de los ‘venidos a menos’ proviene de ser utilizados, donde ellos no deciden en qué, y saben que su único medio de ganarse la vida es ofrecer en el mercado, como habilidad, lo que para ellos

constituye un valor” (Faletto y Kirkwood 184). Las familias “venidas a menos” intentan de alguna forma mantener el significado que han perdido. En la sociedad inmediatamente anterior a la época, el ejercicio de ciertas profesiones—abogado, oficial de ejército, entre otras—estaba reservado a los exponentes de las clases altas. En la medida en que estas familias “venidas a menos” logran mantener su presencia en estas actividades, pueden mantener por lo menos un precario lazo con las clases altas conectadas con el mundo de las decisiones. Las familias empobrecidas están dispuestas a toda clase de sacrificios para que sus hijos mantengan estas posiciones clave. En el caso de Martín Rivas, toda la familia hará grandes sacrificios para que siga la carrera de derecho en Santiago.

Es necesario enfatizar que la dificultad del grupo social de los “venidos a menos” en la relación con los otros sectores deriva de que en la nueva sociedad su ubicación es ambigua. La riqueza material es el valor fundamental por el que la sociedad se rige. Por ello, la pobreza en este grupo es profundamente resentida y considerada casi como un insulto; es un constante inhibidor en las relaciones que el grupo establece.

3. Realismo y capas medias en Martín Rivas

Si Blest Gana pertenecía al grupo de los “venidos a menos”, que tenía una relación tensa con los sectores del “medio pelo”, y si además Blest Gana es un liberal romántico, teniendo por tanto una visión muy negativa del “medio pelo” que ya hemos revisado, es perfectamente comprensible que la representación que haga de las capas medias en *Martín Rivas* sea peyorativa. Es necesario considerar, además de los aspectos políticos y biográficos, la función que Blest Gana le asignaba a la literatura, expresada principalmente en los artículos “Literatura chilena” y “Sobre los trabajos literarios en Chile”. En ambos textos, Blest Gana muestra una preferencia por lo que denomina “novela de costumbres”, que identifica con los textos que retratan la realidad social que lo circunda de una manera fidedigna.

De este modo, podríamos señalar que Blest Gana opta por una estética realista, caracterizada por un juego de contrastes que persiguen no tanto mostrar la amplia variedad de tipos sociales que conforman el mundo representado, sino más bien enfatizar aquellos aspectos que al autor le

parecen dignos de destacar de acuerdo a su particular visión de mundo. Este procedimiento narrativo, que Marshall Brown denomina “silueteamiento”⁹, se lleva a cabo en la narrativa de Blest Gana a través de dos tipos de contrastes: el primero, que se da entre aquellos personajes que ven y aquellos que no ven¹⁰; y el segundo entre el individuo y la sociedad. Nos concentraremos, entonces, en establecer qué es lo que estos personajes ven y qué es lo que no ven.

Los personajes de la realidad social que intenta representar Blest Gana en *Martín Rivas*, la del Chile de la década de 1850, presentan, más

⁹ En el presente trabajo utilizaremos la definición de realismo que Marshall Brown establece en su trabajo “The Logic of Realism: a Hegelian Approach”. En este estudio, Brown comienza revisando las tres definiciones principales de “realismo”: el “realismo realista”, el decimonónico y el “contrastual”. Luego desemboca en el concepto *silhouetting* (que traduciremos “siluetear”) Marshall Brown se basa en las ideas que Hegel expresa en *La ciencia de la lógica*, según la cual la realidad no está dada ni es un absoluto que debe ser descubierto, sino una estructura particular de relaciones. Según Hegel, señala Brown, sería incorrecto afirmar que la realidad simplemente existe y que, por ende, la escritura realista simplemente la imita. La realidad es sólo un ordenamiento posible de las cosas y el realismo es sólo un ordenamiento posible de los textos, que Brown denomina “siluetear”. Para Brown, tanto la trama como los recursos estilísticos propios de los textos realistas tienden a “trazar siluetas” a través del contraste y de la yuxtaposición. En lo estilístico, por ejemplo, se yuxtapone un estilo y un lenguaje elevado y solemne con uno bajo y popular, un tono irónico con uno no irónico. En lo temático, se contrastan y yuxtaponen el individuo y su ambiente, lo simbólico junto con, o contra, lo literal, entre algunas de las interminables posibilidades del “trazar siluetas”. Para Marshall Brown, el elemento que define invariablemente el realismo es este tipo de yuxtaposiciones y contrastes configuradores de *silueteamiento*.

Nosotros trabajaremos con esta definición de realismo elaborada por Marshall Brown. En primer lugar, el realismo no se reduce a un determinado contraste entre ciertos elementos temáticos o de estilo, puesto que existen muchísimos tipos de “trazar siluetas”, que en general toman la forma de la figura contra el fondo. En segundo lugar, el realismo no se limita a un determinado período histórico, como el post-romántico según la apreciación general. Elementos así definidos como realistas pueden ser encontrados, sin duda, en la literatura de todas las épocas, independientemente de que su importancia aumente en el siglo XIX. En tercer lugar, puesto que esta definición no concierne a elementos en el texto, sino a la relación que existe con los elementos del texto, resulta posible situar el realismo donde éste finalmente se situará: en la percepción del lector y no en la obra. No existen obras intrínsecamente realistas; más bien el realismo se presenta siempre y cuando nos concentremos en aquel “trazado de siluetas” que crea el efecto de realidad. El realismo no es una “fiel” reproducción de la realidad, sino una estructura de conciencia, un modo de cognición propio de muchos escritores del siglo XIX, el que difiere del modo asociativo que predominó en el siglo XVIII y que Brown denomina “dialéctica conciliatoria”, propia de los autores románticos.

¹⁰ El contraste entre personajes o figuras que “ven” con los que “no ven” se obtiene del efecto que Roland Barthes reconocía en el teatro de Brecht: “ver que alguien no ve es la mejor manera de ver intensamente lo que él no ve” (42).

allá de sus deseos como liberal, rasgos heredados del período de la Colonia. Son rasgos persistentes en el retrato de los personajes del “medio pelo”, y rasgos influidos por las visiones de mundo tanto inglesa como francesa, que han penetrado en Chile luego de la progresiva apertura económica del país, posterior a la Independencia. Así lo reconoce el autor en su célebre discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, pronunciado el 3 de enero de 1861. Blest Gana manifiesta que el tipo de novela que más se presta para ser practicado en Chile es la novela de costumbres, puesto que existen en el país particularidades constitutivas de una determinada “fisonomía nacional” y es rol del novelista ofrecer una imagen fidedigna de ella. Una lectura simple de los planteamientos de Blest Gana nos haría pensar que el contraste que se llevará a cabo en su novela será entre aquellos personajes portadores de los valores y principios heredados del “coloniaje”, como él mismo lo llama en su discurso¹¹, y quienes son portadores de los nuevos principios, más ligados al pensamiento ilustrado francés, en el que se inspiraron los líderes independentistas de Sudamérica. Sin embargo, creemos que el contraste se da más bien entre los que entienden o “ven” la realidad nacional compuesta por ambas vertientes, la tradicionalista y la liberal ilustrada, y aquellos que se encierran en una de estas dos vertientes, negando la existencia, valor y legitimidad que tiene la otra. Concentrémonos primero en los que “no ven”.

3.1 Quienes “no ven”

Los personajes que no ven piensan que el discurso oficial sobre la nación chilena está sustentado sólo en uno de los dos pilares que la conforman: la tradición hispánica o la ilustrada liberal. Desde el primer punto de vista, es necesario analizar aquellos personajes que rigen su vida y orientan sus acciones y opiniones sobre la base de los principios heredados de la Colonia.

Fundamentales en este grupo son varios de los integrantes del “medio pelo”: Adelaida, Doña Bernarda, Amador y hasta Edelmira, quienes por las razones antedichas han sido incapaces de generar un discurso y una propuesta propios. Carecen de medios de expresión, puesto que se

¹¹ Blest Gana, “Discurso...”, 469.

encuentran inmovilizados por el miedo a las sanciones sociales provenientes del estrato alto, el admirado e imitado, y que establece los parámetros de la convivencia nacional.

Ese miedo reverencial que los inmoviliza, esa tendencia al sometimiento voluntario a la autoridad, esa imposibilidad de verse como un colectivo con posibilidades de acción y expresiones sociales, nos habla de un sector que sigue actuando movido por el “peso de la noche” colonial. Su comportamiento sigue regido por parámetros hacendales; lo único que han incorporado, a nivel de principios de la sociedad burguesa, es el concepto de “movilidad social individual” o arribismo, es decir, la posibilidad de surgir individualmente, de salir de la oscuridad del “medio pelo” a través del olvido, la imitación o, en el caso de las mujeres, el matrimonio.

El “medio pelo” es incapaz de ver su proceder arribista como un protocolo de ascenso social, en la medida en que no expresan valores propios, principios que emanen de sus necesidades y problemáticas, sino que emulan los de las capas altas para prestigiarse en un intento tan vano como patético por confundirse con ellas.

Doña Bernarda, la madre de las niñas Molina, es el ejemplo más claro al respecto. Ella organiza los *picholeos* con el objeto de atraer a su casa a jóvenes que se interesen en desposar a sus dos hijas. De esta actitud se desprende una idea meramente funcional del matrimonio, donde el amor y los sentimientos, o, en otras palabras, el valor de la subjetividad y la libertad de escoger sobre la base de convicciones y gustos personales, es un valor totalmente excluido. En tales menesteres, la señora es ayudada por su hijo, Amador, quien además trama formas de engañar al joven aristócrata Agustín Encina, para hacerle creer que el hijo que espera Adelaida es suyo y así poder casar a su hermana con un joven “de familia”.

La manera en que conciben estos personajes la posibilidad de ascenso está directamente relacionada con una visión estamental de la sociedad, según la cual sólo a través del engaño y la simulación este orden puede ser burlado en su provecho. Sin embargo, no sólo los personajes del “medio pelo” son incapaces de ver la amalgama entre tradición hispánica y pensamiento liberal ilustrado, que da forma al discurso oficial de la

tradición chilena. También algunos integrantes de la élite, como Fidel Elías o Doña Engracia Núñez, cuñado y esposa de Don Dámaso Encina respectivamente, son ciegos a las transformaciones que ha experimentado la nación luego de la Independencia. Ellos representan el sector más extremo del conservadurismo burgués chileno¹². Tanto para Doña Engracia como para Fidel Elías, existe un orden de carácter inviolable, natural: la preeminencia de la élite. La situación de los otros grupos sociales obedece a cierta voluntad divina que trasciende a los individuos y el cuestionarla es casi un acto de blasfemia. Así, los ritos, costumbres y valores de las capas altas, basados en prejuicios y banalidades (Corvalán Márquez 59), encuentran su justificación en este orden natural que, además de ser incuestionable, es sumamente violento. Ellos, a diferencia de amplios sectores de la élite, ni siquiera aceptan la incorporación, vía matrimonio, de elementos que no pertenecen a ella, como lo prueba el rechazo de Fidel Elías a Rafael San Luis, de quien su hija está enamorada. San Luis ni siquiera pertenece al “medio pelo”, sino a este grupo que hemos denominado, siguiendo a Faletto y Kirkwood, como “venidos a menos”. Personas que tenían “un nombre”, pero no dinero para sustentarlo. El sólo hecho de no pertenecer a la élite, convierte a San Luis en un elemento externo, no apto para desposar a la hija.

Nos concentraremos ahora en quienes no son capaces de ver este componente tradicional hispánico del discurso oficial de la nación chilena. Aquellos que sólo son capaces de estimar y considerar válido el discurso ilustrado liberal, arguyendo que bajo esos principios el país se independizó y se formó. Sin duda que el representante por excelencia de este grupo es Rafael San Luis, quien por motivos personales (decadencia económica de

¹² Tal pensamiento es caracterizado por el historiador Luis Corvalán Márquez: Para el pensamiento conservador, la natural estructuración jerarquizada del orden, se correlaciona con una natural estructuración del orden político. Este orden se caracterizaría por el gobierno de las élites, esto es, ciertas minorías selectas, únicas que dominarían el arte de gobernar. [...] Desde el punto de vista cultural, el orden natural para la visión conservadora, significa la adhesión a una identidad de la nación, que tendría su núcleo en cierto espíritu, el que a su vez, se materializaría en las tradiciones forjadas a lo largo de la historia. La tradición, obviamente, no se limita al plano cultural y social, considera también el aspecto político. Según los autores conservadores chilenos, en nuestro país la tradición política supondría la existencia de gobiernos fuertes porque Chile se habría hecho bajo la monarquía y el pueblo chileno estaría adaptado a ella. Es decir, le sería consustancial un régimen de autoridad (56).

su familia y consecuente rechazo por parte de la familia Elías y de su amada, Matilde Elías) es incapaz de ver en los valores y principios heredados de la matriz hispánica, algo más que una suerte de barbarie, la que debe ser erradicada de nuestra nación para aclarar el camino hacia el progreso.

El protagonista de la novela, Martín Rivas, en un comienzo se ve seducido por los ideales de San Luis, llegando incluso a participar en la revuelta liberal de 1851. Sin embargo, el alejamiento de esta tradición es lo que distingue al joven Rivas de su amigo. San Luis cae “heroicamente” en el llamado “Motín de Urriola”. Rivas, desde cuya perspectiva el narrador cuenta la historia, es capaz de ver que la “tradición” hispánica es un elemento constituyente del discurso de la nación chilena, y si él desea acceder a la comunidad nacional, a lo que en ese entonces era el sector visible de ésta, debe asimilar algunos de sus valores y entregar como moneda de cambio su talento e inteligencia, poniéndolos al servicio y mantenimiento de este orden. Rivas es el personaje que poco a poco comienza a “ver”.

Pero, ¿qué es lo que el joven copiapino ve? Es aquello que el narrador ya sabe desde el comienzo de la historia: una sociedad que, tras siglos de dominación colonial, intenta imponer un orden inspirado en la tradición ilustrada-liberal. Tradición que, a su vez, entra en directa contradicción con las formas en que se ejerce el poder, ligadas al sustrato hispánico-colonial. Formas completamente vigentes, que rigen los criterios de inclusión o exclusión, de valorización o desvalorización dentro del entramado social.

Los personajes que se “cierran” en uno de los componentes del discurso de la nación chilena, no son capaces de ver todo lo que la comunidad nacional—en este caso, los potenciales lectores—debiera ver para progresar y trascender dentro de una sociedad integrada, tanto por el modelo colonial hispánico como por las rebeliones liberales que desbordan sus marcos tradicionales. Todos los personajes que “no ven” llevan a cabo reducciones de la realidad; la simplifican de una manera casi caricaturesca. Ello aumenta las posibilidades de lectura, dado que, al hacerse evidente lo que estos personajes no ven, se estimula la tarea de llenar los vacíos de lo

“no visto” por los personajes. Se enriquecen, así, las posibilidades de leer el mundo representado, y se hace más complejo el entorno que estos personajes tratan de simplificar.

3.2 Quienes “ven”

Dentro de este grupo de personajes encontramos a dos que nos parecen dignos de destacar: Dámaso Encina y Martín Rivas. La capacidad de “ver” que ambos ostentan es directamente proporcional al éxito que logran. Se trata de personajes con una enorme capacidad no sólo de observación, sino también de adaptación a las circunstancias. Algunos críticos, como Jaime Concha y Doris Sommer, han visto en estos personajes a uno sólo. Concha plantea que Encina es el “burgués consolidado” y Rivas el “burgués en ciernes”, pero lo cierto es que la capacidad de ver las dos caras de la amalgama que constituyen el paisaje nacional les permite progresar y triunfar en él.

Don Dámaso capta rápidamente el rumbo que toman las cosas en el país. Para hacer dinero se debe especular, buscar la oportunidad, que en su caso llega de la mano de la desgracia de José Rivas, padre de Martín. Además, Encina se casa por interés con Engracia Núñez, quien le da una dote de treinta mil pesos que, invertidos en convenientes negocios, le darán la posibilidad de comprar una enorme propiedad rural, que será además un bien simbólico al ligarlo, como propietario, a la antigua aristocracia de la tierra. Así es como Encina se convierte en uno de los hombres más ricos e influyentes de Chile.

Don Dámaso sabe que el dinero es lo único que puede limpiar su oscuro origen; por eso se empeña en acumular dinero. Pero además, una vez dentro de un grupo social tan cerrado y prejuicioso como la capa alta del Chile del siglo XIX, tiene clara conciencia de que tiene que saber moverse en ese grupo; de ahí su caracterización como un personaje socialmente hábil. Una habilidad no sólo en relación a los negocios, sino también en términos de emitir opiniones en las tertulias. Don Dámaso sabe muy bien cuándo debe opinar como conservador, y cuándo como liberal; en el fondo, conoce el código implícito de la élite, tanto como el precio que debería pagar en caso de violarlo. Sin embargo, también sabe que a la élite

deben ser incorporados los elementos más talentosos de los otros grupos sociales. Por ello es que, al encariñarse con el joven Martín Rivas, no sólo no se opone al matrimonio con su hija Leonor, sino más bien lo patrocina de buen grado, abriéndole de par en par las puertas de su clase.

Dámaso Encina ve perfectamente que las formas heredadas de la Colonia son sólo eso, formas, cuyo respeto condiciona la aceptación social. Ahora bien, en virtud de la todopoderosa lógica del dinero, Encina sabe que lo más importante es mantener a su lado a quienes son capaces de producirlo. Don Dámaso capta el talento de Martín Rivas para moverse por todo el espectro social sin generar desconfianzas; una capacidad que el joven despliega sobre todo en la clase alta, donde poco a poco se ha labrado un nombre a punta de talento y eficacia en la resolución de todo tipo de problemas. Rivas surge ante la mirada de Encina como un individuo apto para su tiempo. Encina, poco a poco, va depositando confianza en este joven “venido a menos”, quien va demostrándole que también es capaz de “ver” esta sociedad.

En la novela, Martín Rivas es alfabetizado, por así decirlo, en el código del mundo social en el que se mueve, y aprende a leerlo a la perfección. La excepción es el incidente final, el “Motín de Urriola”, donde su candor juvenil y el hecho de sentirse despreciado por Leonor lo inducen a involucrarse, y lo llevan a cometer el único acto de desmesura que perpetra en toda la novela. Rivas completa de manera perfecta el camino de formación del buen burgués, pero superando esta figura. Ahí es donde radica su diferencia respecto de Dámaso, ya que mientras éste se constituye en el capitalista perfecto, alguien que va a perpetuar el orden social, Martín encarna el futuro orden deseado por Blest Gana: es un agente de cambio social, un héroe romántico liberal.

Caracterizamos de este modo la condición de héroe de Martín Rivas por las siguientes razones. En primer lugar, porque es portador de una moral que Don Dámaso no posee. Recordemos que Encina se casa con Doña Engracia por interés, y su primera fortuna la hace aprovechándose de la desgracia de un hombre, nada menos que José Rivas, padre de Martín. En otras palabras, la preocupación por el otro, el componente solidario, es totalmente ajeno a la figura del oligarca, como también el amor genuino y

las convicciones políticas. No son pocos los pasajes de la novela donde se ridiculiza la ambigüedad ideológica del personaje, quien algunos días es un fuerte opositor del gobierno y otros su férreo defensor. Varias veces el narrador nos hace notar que a la casa de los Encina llegan, por orden expresa de Don Dámaso, tanto los periódicos liberales como los conservadores, puesto que es uno de los anhelos de Dámaso convertirse en senador de la República. Lo interesante, además de subrayarse el oportunismo y la ambigüedad política, es que el personaje no ha decidido todavía por cuál de las facciones en pugna va a ser senador. Don Dámaso ve que el oportunismo es la clave para moverse en una sociedad regida por el lucro y el culto de las apariencias.

En segundo lugar, y como anticipamos, Martín Rivas es “alfabetizado” en el transcurso de la novela según los códigos de la élite y de la sociedad completa. En un comienzo se nos muestra como un joven cándido, apocado e inseguro, que parece estar en un límite peligroso entre el hijo de una familia “venida a menos” y un integrante del “medio pelo”. Poco a poco, Rivas va adquiriendo saberes fundamentales; se da cuenta de que el prestigio del nombre no basta, sino que debe ir acompañado de dinero. Un momento significativo en este sentido es la escena en la plaza, cuando es humillado por los vendedores de botines. En ese momento, Martín Rivas entiende que a nadie le importa que él sea un muchacho de familia, decente y honesto, si carece de dinero. Luego se percata de que está en una de las casas más aristocráticas de la ciudad de Santiago, es decir, que tiene acceso a entablar relaciones con las capas altas y, por ende, a demostrar su valía. Se transforma en el Secretario de Dámaso Encina, ganándose su confianza y por su eficiencia y capacidad. Román Soto Feliú, en el extraordinario análisis que lleva a cabo del personaje, explica la naturaleza y características de tal eficacia a partir del rol determinante que desempeña el protagonista de la novela en el desbaratamiento del engaño urdido por Adelaida y Amador. La eficacia de Rivas en la gestión de restaurar el orden de las familias al desbaratar en engaño de Amador descansa en el conocimiento de los hechos logrado a través de su investigación semi policial y en su discurso: a pesar de conocer de antemano a Amador le habla desde una distancia que esfuma toda relación

que exceda las maniobras legales de su primer caso civil. Sin las aprehensiones de Agustín o de Dámaso Encina, Rivas se comporta como el hábil abogado contratado por la tertulia para neutralizar las demandas y pretensiones del medio pelo. Nada de pasión: sólo una sutil sagacidad oportunamente halagada por el narrador. Sin detenerse en inútiles discusiones acerca de la moralidad de los hechos, Rivas sabe desde un primer momento que todo radica en el dominio de las apariencias y que allí no se trata de otra cosa que de comprar (Soto 60-61).

En tercer lugar, Martín Rivas sí tiene una posición política: el liberalismo. No pensamos que sea un liberal exaltado, dado que su participación en el “Motín de Urriola” fue motivada más por despecho amoroso que por convicción. Creemos que es un liberal más moderado de lo que Faletto y Kirkwood piensan, y es justamente por eso que puede “ver” la sociedad chilena en toda su amplitud social e ideológica. Creemos que Rivas está consciente de la poca aptitud de las capas altas para gobernar, de la necesidad de mayor justicia e igualdad, pero cree más en una transformación del sistema “desde adentro” que en proyectos revolucionarios y refundacionales.

Al “ver” ambas caras del discurso oficial de la nación chilena, la tradicionalista hispánica y la ilustrada-liberal y, al darse cuenta de lo arraigado que ambas están en el *habitus* de todas las capas sociales, Martín modera sus posiciones políticas pero no renuncia a ellas. Jamás se nos plantea en la novela el hecho de que Rivas se haya transformado en un conservador o que haya renegado de su liberalismo. Su posición política parte tanto de sus convicciones como de su experiencia de vida, y esta misma es la evidencia de que cualquier postura radical, en el contexto donde se desenvuelve el joven copiapino, es un error.

3.3 Individuo/sociedad

El segundo tipo de contraste, propio de este procedimiento narrativo de “silueteamiento” que utiliza la narrativa de Alberto Blest Gana, se establece entre el individuo y la sociedad. Al comienzo de *Martín Rivas*, la comunidad nacional se presenta como un mundo hostil para el protagonista. Debido a su origen social y a su condición de provinciano, de

familia “venida a menos”, Rivas debe luchar tenazmente y chocar contra un sistema social sustentado en códigos en los cuales no se formó, pero a los accede en el desarrollo de la novela. Con esto alcanza respetabilidad social, y una mayor probabilidad de éxito para sus metas.

Este contraste individuo-sociedad es un tópico dentro de la novela realista decimonónica europea. Sin embargo, nos gustaría detenernos en las particularidades que en el caso puntual de *Martín Rivas* adquiere este deseo por acender, por dominar el medio social hostil. Si bien es cierto que la denuncia de las aspiraciones aristocratizantes de la pequeña y mediana burguesía es un tópico, particularmente en la novela decimonónica inglesa y francesa¹³, estos *parvenus* terminan sus días mal. Como lo afirma Hernán Loyola, estos arribistas del viejo continente ya vienen “de vuelta” de las ilusiones de Blest Gana (Loyola 70).

Aunque el exitoso ascenso social de Martín Rivas es naturalizado por el narrador, conviene preguntarse por las ilusiones a las que se refiere Loyola. ¿Cuáles son esas ilusiones? Este punto abre un espacio interesante en el cual nos parece pertinente indagar, ya que tales ilusiones se relacionan justamente con los conceptos trabajados por Doris Sommer en torno al significado de la unión de Martín y Leonor: consolidar una nueva élite que asimile más y mejor los valores de la burguesía europea, en desmedro de aquellos que provienen de la herencia hispánica colonial.

De la novela de Blest Gana, se deduce que el proyecto nacional debe construirse sobre la base de esta compleja amalgama ideológica de tradicionalismo más liberalismo. Una base que, por un lado, excluye abiertamente a los sectores populares, y por otro, no le muestra al individuo de las capas medias—ya sea “medio pelo” o “venidos a menos”—otro camino que el movilismo social representado por Dámaso Encina y Martín Rivas. Éstos, tras acumular dinero, poder e influencias, pueden asimilarse a la élite y a sus valores, sólo si están provistos de un portentoso talento y si se esfuerzan titánicamente.

Loyola afirma que los arribistas de las novelas europeas,

¹³ Dentro de la enorme genealogía de los arribistas de la novela europea del siglo XIX destacan *Barry Lyndon*, el repugnante irlandés de Thackeray, cuyo vertiginoso ascenso y caída fue llevado maravillosamente al cine por Stanley Kubrick. También resalta la figura del entrañable inescrupuloso que es Julien Sorel, de Stendhal, y por qué no, de Emma Bovary.

particularmente de Stendhal, “vienen de vuelta de las ilusiones de Blest Gana”, en la medida en que carecen de esa mirada inocente y moral de un Martín Rivas que confía en que el talento, el estudio y el trabajo duro habrán de catapultarlo al éxito. En contraste con esto, Julian Sorel, “héroe” de *Rojo y negro*, sabe perfectamente que la ruta del ascenso social no es el camino recto pontificado por los articuladores intelectuales de la burguesía; en el contexto de la sociedad europea, el camino recto no promete nada más que la prosperidad económica. Es decir, pasar a formar parte de la que el mismo Blest Gana, en el seno de *Martín Rivas*, denomina “aristocracia del dinero” (11), y no alcanzar notoriedad en el entramado social, menos aún en la sociedad de la restauración borbónica, en la que todo lo que gran parte de esta ideología burguesa representaba, parece haber sido enterrado, en definitiva, junto al cadáver de Napoleón.

Tanto Stendhal en *Rojo y Negro*, como Flaubert en *Madame Bovary* y Thackeray en *Barry Lyndon*, son extremadamente crueles con sus protagonistas, en la medida en que éstos reniegan de su posición en la sociedad. Un acto que puede ser leído como una renuncia a sí mismos. Ciegos en su afán por aristocratizarse, los arribistas de la novela europea alcanzan altos niveles de enajenación y degradación moral, evidenciándose así no sólo su bajeza, sino también la decadencia de toda una clase que, luego de la gigantesca transformación social, política y económica que ha llevado a cabo la burguesía europea, celebrada por Marx, Nietzsche y Baudelaire, parece darle la espalda al “progreso”, al triunfo definitivo de la moral burguesa.

De ahí el final infame de estos tres personajes paradigmáticos: al igual que los héroes de la tragedia griega, deben ascender para que luego sus caídas sean ejemplares. Caídas que enfatizan que el ascenso social jamás será la autonegación y, menos aún, la asimilación del paradigma aristocrático. Dicha narrativa nos coloca ante un paradigma aristocrático contra el cual la burguesía lucha encarnizadamente durante todo el siglo XIX. Sorel, Lyndon y Bovary serían, entonces, “traidores de la clase”; por ello carecen de todo heroísmo y mueren patéticamente, en una suerte de escarnio público.

En el siglo XIX europeo, a excepción de España, existe una

burguesía que no sólo tiene preponderancia económica, sino que ha sido capaz de elaborar sus propios paradigmas culturales y políticos. El proyecto burgués viene asentándose desde comienzos del siglo XVI, de la mano de la institucionalización y legalización de sus principios. En otras palabras, existe un “lugar” para los individuos de la capas medias, que aquí ya no son sólo capas, sino una clase social propiamente dicha, con un espacio simbólico y con mecanismos de difusión y propagación de sus ideas y principios: colegios, universidades, periódicos, editoriales, espacios desde los cuales se lleva a cabo la lucha por la hegemonía, por borrar los vestigios de los antiguos sectores dominantes.

En un gesto no desprovisto de fuerte autocritica de clase, el artista e intelectual burgués es quien encabeza esta lucha por el predominio en el campo cultural. Es una figura que se levanta como la conciencia de la clase y de la sociedad que busca construir. De este modo, un individuo como Henri Beyle, “Stendhal”, muestra cómo el burgués Sorel, en una sociedad en la que se han restaurado los valores del absolutismo borbónico, y en la medida en que los espacios para la burguesía han sido cerrados por las nuevas autoridades, no tiene más opciones que el ejército o el sacerdocio. Sorel es un personaje complejo: es una víctima de su sociedad, puesto que no cuenta con oportunidades de surgir; si el suyo es un “camino de imperfección”, es porque la sociedad es quien lo conduce. Pese a esto, su actitud recibe de todas formas la condena de Stendhal; no sólo porque el personaje muere, sino también por la manera y en el momento en que muere. La manera: ejecutado por intento de asesinato a la mujer que lo desenmascaró. El momento: al lograr lo que siempre había deseado: la aristocratización a través del matrimonio con la noble Matilde de la Mole, hija de su protector, el Marqués de la Mole.

El narrador de *Martín Rivas*, a diferencia de lo expuesto por Stendhal, Thackeray y Flaubert, muestra no sólo compasión por el deseo de Rivas de “llegar”, de vencer a la sociedad, sino que naturaliza esta expectativa y su logro, asumiéndolos como los únicos posibles para salir del anonimato de su oscuro origen. De ahí la relevancia del contraste individuo-sociedad, ya que buscamos enfatizar que el joven Rivas se mueve en una ideología social que siempre ha sido hostil con este tipo de

individuos. Si Martín Rivas presenta rasgos de “arribismo” es porque en la sociedad donde se desenvuelve no existen capas medias portadoras de un proyecto colectivo al cual puedan sumarse los individuos de talento como él. Por eso, el contraste individuo-sociedad se presenta en la modalidad del ascenso social individual, de la penetración en las esferas de las clases altas, puesto que el sólo hecho de vulnerarlas, de vencer sus poderosos mecanismos de exclusión, resulta, en ese contexto, el máximo logro posible para un individuo.

Es fundamental la manera en que Blest Gana “naturaliza” este ascenso. En primer lugar, al igual que todo héroe, Martín Rivas no busca el heroísmo, no llega a la capital para convertirse en un miembro de la “alta sociedad”, sino más bien para obtener un título de abogado que le permita mantener a su empobrecida familia. Rivas es “escogido” gracias a sus méritos para pasar a engrosar y oxigenar a la élite. ¿Qué hay tras este gesto? Simplemente reforzar la idea de que el ascenso social puede buscarse, pero al fin y al cabo quienes se encuentran en lo más alto de la pirámide social serán los que determinen su cooptación o no. El narrador desea que Martín triunfe en su empresa, ya que, como articulador del relato, conoce la doble dificultad que el personaje enfrenta: por un lado, el acceder a un grupo al cual sólo se ingresa con el dinero que Rivas no tiene, y, por otro, que el resultado de la empresa no depende de él mismo. El narrador sabe que el mérito y el talento no bastan.

Rivas logra notoriedad social gracias a su talento, prudencia y vínculos afectivos. A través de este contraste, Blest Gana reconoce la existencia de mecanismos de exclusión en la sociedad chilena pero, al mismo tiempo, demuestra fe en el proyecto nacional, al mostrarnos que éstos pueden ser superados con talento y amor; la principal característica de Rivas, a diferencia de los arribistas de la novela europea, es su envergadura moral. De ella, más que del talento del joven, se enamora Leonor.

Bibliografía

- Bauer, Arnold. *La sociedad rural chilena, de la conquista española a nuestros días*. [1975] Trad. Paulina Matta. Santiago: Editorial Andrés, 1994.
- Bazoret, Emanuelle. “El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile”. *Revista de Sociología* (Universidad de Chile) 2: 2006, 69-96.
- Bazoret, Emanuelle, Vicente Espinoza, María Luisa Méndez e Ignacio Balbontín. “Qué significa hoy ser clase media en Chile”. Proyecto financiado por la CONICYT. 2008.
- Becker, George. *Documents of Modern Literary Realism*. Princeton: Princeton University Press, 1963.
- Berges, Consuelo. *El mundo de Stendhal*. Madrid: Alianza, 1993.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. [1981] Trad. Andrea Morales Vidal. México: Siglo XXI, 1999.
- Blest Gana, Alberto. “Literatura Chilena”. [1860] en *El jefe de la familia y otras páginas*. Ed. Raúl Silva Castro. Santiago: Zig-Zag, 1956. 455-71.
- . *Martín Rivas*. [1862] Edición de Jaime Concha. Caracas: Ayacucho, 1977.
- . *El loco Estero*. [1909] Santiago: Zig-Zag, 1979.
- . *Epistolario*. Ed. Sergio Fernández Larraín. Santiago: Universitaria, 1992.
- Botto Stiven, Andrea. “La mujer del siglo XIX en la obra de Alberto Blest Gana”. Tesis de Licenciatura. Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Crítica social del gusto*. [1979] Trad. Oscar Martínez. Madrid: Taurus, 1988.
- Concha, Jaime. “Prólogo”. En Alberto Blest Gana. *Martín Rivas*. Caracas: Ayacucho, 1977. 9-39.
- Cussen, Antonio. *Bello y Bolívar*. [1992] Trad. Gustavo Díaz Solís. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Duby, George: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. [1973] Trad. José Luis Martín. México: Siglo

XXI, 1999.

Edwards Vives, Alberto. *La fronda aristocrática en Chile*. Santiago: Imprenta Nacional, 1928.

Faletto, Enzo y Julieta Kirkwood. *Sociedad burguesa y liberalismo romántico en el siglo XIX*. [1976] Santiago: FLASCO, 1981.

Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. [1981] Santiago: Universitaria, 1982.

---. *Origen de los inquilinos del Chile central*. Santiago: Universitaria, 1960.

Gotschlich Reyes, Guillermo. *El realismo en la novelística de Blest Gana*. Santiago: Red Internacional del Libro, 1992.

---. "Alberto Blest Gana y su novela histórica". *Revista Chilena de Literatura* 38 (1991): 29-58.

Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. [1949] Trad. Ángel González Vega. México: Grijalbo, 1967.

Jocelyn-Holt, Alfredo. *El peso de la noche*. Santiago: Planeta-Ariel, 1997.

---. *La Independencia de Chile: tradición, mito y modernidad*. [1992] Santiago: De Bolsillo, 2009.

Kempfer, Alfredo. "La sutura legible y subalterna de la ficción histórica de la chilenidad en *Durante la Reconquista* (1897) de Alberto Blest Gana". *Atenea* 494 (2006): 143-59.

Larraín, Jorge. *Identidad chilena*. Santiago: LOM, 2001.

Lomnitz, L., Melnick, A. *Chile's Middle Class. A Struggle for Survival in the Face of Neoliberalism*. Boulder and London: Lynne Rienner Publishers, 1991.

---. *Neoliberalismo y clase media: el caso de los profesores en Chile*. Santiago: Dibam, 1998.

Martínez, J., Tironi, E. "Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980" en Martínez, J., León, A. 1987. *Clases y clasificaciones sociales. Investigaciones sobre la estructura social chilena, 1970-1983*. Santiago: Ediciones Sur, 1985.

Melfi, Domingo. "El héroe de la clase media en la novela chilena". *Arte y cultura* 1 (1946): 45-47.

Poblete Varas, Hernán. *Alberto Blest Gana y su obra*. Santiago: Pehuén,

1995.

Rojo, Grínor. *Clásicos latinoamericanos, para una relectura del canon.*

Volumen I, El Siglo XIX. LOM: Santiago, 2011.

Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile.* 5 vols.

Santiago: LOM, 1999-2005.

---. *Labradores, peones y proletarios.* [1986] Santiago: LOM, 2009.

Weber, Max. *Economía y sociedad.* [1922] Trad. J. Medina Echeverría.

México: Fondo de Cultura Económica, 1964.

Weinberg, Bernard. *French realism: the critical reaction (1830-1870).*

Chicago: Chicago University, 1937.

Wellek, René. "The concept of realism in literary scholarship". *Concepts of*

criticism. New Haven: Yale University Press, 1963. 245-68.